

RAÚL  
GARBANTES

NO LO  
PERMITIRÉ

UN RELATO POLICÍACO DE ASESINATOS, MISTERIO Y CONSPIRACIONES

SERIE  
REBECA  
OLSEN



# NO LO PERMITIRÉ

REBECA OLSEN Nº 2

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2020 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com  
[www.autopublicamos.com](http://www.autopublicamos.com)

Diseño de la portada: Giovanni Banfi  
[giovanni@autopublicamos.com](mailto:giovanni@autopublicamos.com)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Redes sociales del autor:







Obtén una copia digital GRATIS de *Los desaparecidos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

# PARTE I

15 DE DICIEMBRE de 2018

Louise Simons quería que ese día fuera especial. Si lograba la mejor foto del faro nevado, la vendería y podría comprar un regalo a su hija Dottie. Con esa idea en la cabeza, se subió — apenas amaneció— al autobús que la dejaría en la estación de Milwaukee y de allí tomaría otro hacia la estación de la Unión. Por último, subiría al tren rápido que la llevaría hasta su destino final: el famoso faro de Saint Joseph en el lago Michigan.

Era un viaje largo, pero no le importaba. Podría decirle a Dottie que se había convertido en la princesa Elsa de *Frozen*, porque le enviaría a su amiga Jacqueline la primera foto que tomara del faro, para que se la enseñara a su pequeña hija. Las imágenes que su amigo virtual Jesse Miller le había enseñado eran alucinantes; mostraban las crestas del lago irrumpiendo en forma de olas gigantescas y la estructura vestida de múltiples velos de nieve.

Tenía que agradecerle a Jesse por el dato y que además se ofreciera a buscar comprador para las fotos que tomase aquel día. Eso convencería al padre de Dottie de que no se la llevara a Ontario con él. No quería perderla, pero no tenía dinero para mantenerla ni nadie más a quien acudir en el país.

La movía una creciente ilusión cuando llegó al faro y ni siquiera estaba cansada. Cubría sus manos con unos guantes negros que no eran de su talla, pero que cumplían la función de protegerlas del frío. Las plumas de su vieja chaqueta se movían violentas debido a las ráfagas del viento. Sintió los ojos fríos y secos. Sacó del bolsillo externo del morral una pequeña barrita humectante marca ChapStick clásica —de las de cubierta blanca y negra— y se puso un poco en los labios.

Notó que dos personas caminaban detrás de ella, pero no les prestó atención.

Después vio a un hombre que parecía trabajar en la edificación del muelle. Este soltó una última bocanada de humo y entró en una de las casetas que supuso eran oficinas.

Ella continuó caminando, pero el mismo hombre que fumaba volvió a salir y le gritó.

—¿A dónde va con este tiempo?

Ella volteó y sonrió.

—Solo a tomar unas fotos del lago y del faro —dijo mientras le mostraba la cámara que sacaba del morral.

El hombre resopló y emitió unas palabras que ella no entendió, y volvió a entrar.

Louise continuó caminando hacia el lago y, cuando estuvo a cinco metros de la caseta de techo rojo —que aún podía verse porque la nieve no la cubría del todo—, se deshizo de los guantes y se

tomó una selfi con el celular. Podía intuirse al ver esa imagen, incluso meses después, que en aquel momento estaba feliz.

Envío la foto al celular de su amiga Jacqueline, quien cuidaría de Dottie el fin de semana, y continuó avanzando. Quería llegar a la orilla del lago, que ahora más que nunca parecía un mar helado sacado de un cuento.

Estaba tan ensimismada en su objetivo que no se dio cuenta de que los dos hombres que venían detrás se le acercaban con rapidez, aprovechando que no había nadie más en aquel momento. Cuando comprendió que iban a atacarla fue muy tarde, y supo que moriría. Intentó gritar, pero fue imposible. Uno de ellos le golpeó con un madero oscuro en la cabeza.

Y Louise Simons no volvió a despertar.



*14 DE SEPTIEMBRE de 2019*

Por la mañana de aquel día estaba tomándome una taza de café en la cocina de la casa de Gary. Estaba frustrada porque ya habían pasado dos meses desde que vi a mi hermana en la videollamada y no había sabido nada más de ella.

Por supuesto, no esperaba que Norman Jackson ni Anita o Robert Smith Patterson me dijeran dónde estaba, pero dado que mi relación con Gary Buck se había tornado íntima, esperaba que él me ayudara a saberlo.

Nos enamoramos apenas nos conocimos. Pero resultó ser tan obstinado como yo, y decía que Rose lo mataría si se enteraba de que por su culpa me había puesto en peligro por seguir su rastro.

—¿Por qué no me lo dices? —le pregunté a Gary por enésima vez.

—No sigas con eso, Beca. Sabes que Rose no me lo perdonaría.

—¿No ves que ese secreto sobre su paradero o lo que hace me está afectando? —le reclamé, levantándome de la silla y dirigiéndome al lavaplatos.

—No importa que te afecte, porque así lo quiere tu hermana —me respondió.

Cuando dijo eso me molesté todavía más.

—Debes entender...

—Lo entiendo —lo interrumpí y, al hacerlo, sin querer golpeé la taza con el grifo y esta se partió.

Él se acercó y me rodeó con los brazos. Apoyó el mentón y la nariz sobre mi hombro. La verdad es que Gary sabía cómo calmarme casi siempre, pero en esa oportunidad no fue así.

Le dije que me iría porque tenía algunas cosas que hacer y que nos volveríamos a ver en la noche. Salí de casa de Gary y me encaminé al apartamento que había rentado cuando decidí quedarme en Atlanta hacía siete semanas, y que quedaba solo a cuatro cuadras de allí.

Era verdad lo que le había dicho a Gary sobre que debía hacer algo: continuar con mis pesquisas ocultas.

Como no encontraba apoyo de ellos para incluirme en la organización de Rose, entonces en las últimas semanas y por mis propios medios había comenzado una investigación de la cual no les había hablado.

Yo también les estaba ocultando cosas y había logrado avances que ellos ni siquiera imaginaban.

TODO EMPEZÓ porque una vez Gary me dijo que para descubrir los delitos de la Black Key había que contar con «las fuentes de información adecuadas».

Al principio no entendí, pero luego me di cuenta de que ellos también poseían información filtrada de la agencia de inteligencia Kramer Team. Gary me habló de un ingeniero que trabajaba en esa agencia y que conocía de los manejos que Albert Kelly y el senador Alex Richmond hacían en la Black Key. Este hombre misterioso ahora les ayudaba a diseñar las estrategias de análisis de redes para anticiparse a las acciones de la organización.

Con todas esas ideas en mi cabeza construí un organigrama de los delincuentes de poca monta que se describían en los expedientes del apartamento que Rose usaba como escondite. Lo hice analizando las redes sociales y creando mi propia base de datos. Por suerte, las páginas que fotografié aquel día que casi me asesinan contaban con algunos datos relevantes.

Me hice pasar por varias personas, y abrí cerca de veinticinco perfiles de mujeres y hombres ficticios para entablar conversaciones virtuales con una centena de individuos que podrían estar relacionados con esos delincuentes. La mayoría de ellas no me conducía a nada, pero sí que logré, por ejemplo, descubrir que Mary Talcott, la asesina de Melissa Coleman, tenía un historial inusual en el mundo delictivo. Había estudiado unos años en la Universidad de Florida y era una joven inteligente, ajena a la ilegalidad. ¿Por qué se convirtió en una asesina desalmada? ¿Cómo hizo la Black Key para reclutarla? Su historia me desconcertaba y por eso me hice amiga virtual de su hermana Wendy. Me fue bastante sencillo; solo estudié su mundo de intereses a través de su Facebook y dejé colar algún comentario en Twitter para despertar su curiosidad. De inmediato picó el anzuelo. Ahora compartimos algunos pódcast sobre series y música. Todavía no he sacado nada en claro sobre los inicios de Mary Talcott en el mundo delictivo, pero al menos ya tengo la confianza de su hermana.

El nombre que utilicé con ella fue Helen Combs, que es mi identidad favorita. Lo escogí porque me recuerda la casa de los abuelos y las abejas, ya que ese nombre es un juego de palabras que se parece a *honeycomb*. Me he convertido en una experta produciendo pódcast, incorporando contenidos atractivos sobre quienes he identificado dentro del mundo de relaciones de los cinco delincuentes, cuyos expedientes fotografié.

Desde el principio me di cuenta de que los sujetos de los expedientes tenían algunas cosas en común. Todos habían crecido en Washington D. C. o en las afueras de esa ciudad. Luego, días después, hice un descubrimiento más importante: todos habían sido defendidos por la misma firma de abogados: la Bristol Criminal Defense Attorney. Lo supe porque el hermano de Frank Winters —uno de los delincuentes— estuvo metido en un asunto de drogas y en su perfil de Instagram aparecía en una foto en cuya leyenda agradecía a Cyrille Bristol, su defensa. Eso me alertó sobre

esa firma de abogados defensores. Luego encontré que otro de los sujetos se había salvado de una sentencia condenatoria por un error procesal y que la misma firma de abogados lo defendió. Estuve segura de que era un banco de criminales que surtía a la Black Key.

Si era capaz de descubrir cosas como esas con mis estrategias, tendrían que calcular de lo que sería capaz si me dieran acceso a toda la información que hoy me negaban. Sobre todo, podría mostrarme ante Robert, Norman, Anita y Rose como alguien de utilidad.

Esa mañana iba a contarle mis hallazgos a Gary, pero me molestó tanto su negativa a darme información sobre mi hermana que lo pospuse.

Luego, más calmada, decidí contarle al menos lo de la firma de abogados durante la cena.

Fue cuando surgió algo que me descontroló a tal punto que cambió por completo mis planes.

*14 DE SEPTIEMBRE DE 2019, por la noche.*

Cuando terminamos de cenar Gary se quedó lavando los platos y yo me fui a la sala.

Recuerdo que cargaba en las manos las dos copas con el vino tinto que comenzamos a tomar durante la comida. Las puse en la mesita de la sala y me senté en el sofá. Iba a esperar que Gary terminara de ordenar los platos para que luego se sentara junto a mí, y planeaba continuar mi ataque para que me contara algo sobre Rose. Pero entonces pensé en decirle de una vez lo de la firma de abogados, así que me levanté del sofá en silencio y caminé hasta la cocina. Fue cuando lo vi de espaldas, hablando por el teléfono fijo y anotando algo en una pequeña libretita que tenía junto a él.

¿Por qué no usaría el celular?, me pregunté.

Me respondí que debía ser porque consideraba más segura esa vía tradicional de comunicación. O por pensar que si hablaba desde la cocina yo no me daría cuenta.

Podría ser que estuviese hablando con Rose, me dije para mis adentros.

Lo que oí a continuación me sacó de la duda.

—Tu hermana está bien. Está aquí conmigo. La vigilo constantemente, así que quédate tranquila —le dijo Gary a su interlocutor.

Luego hizo silencio, supuse que para escuchar lo que ella decía.

—¿Novica Beechey hará la entrega? —preguntó y volvió a callarse.

Yo me quedé impávida, porque deseaba seguir oyendo. Si hacía el más mínimo ruido, perdería la oportunidad de saber algo más.

Terminó de anotar en la libreta con un bolígrafo y colgó el auricular. Arrancó el cuadrado de papel donde hizo la anotación y lo guardó en el bolsillo izquierdo del pantalón, y dejó el bolígrafo junto al teléfono. Volvió al fregadero sin voltearse. Yo hice como que llegaba a acompañarlo y entonces olvidé por completo hablarle de Mary Talcott, del hermano de Frank Winters y de los abogados. Mi único interés gravitaba sobre el papel que acababa de guardarse.

Pensé de inmediato que no podría quitárselo fácilmente; pero entonces algo me hizo mirar la libreta. Había una posibilidad en ella, sobre todo si Gary había hecho los trazos con fuerza.

Él me miraba en ese momento mientras secaba sus manos con la toallita blanca de rayas azules.

—La verdad es que hoy la lasaña te quedó increíble —le dije intentando no sonar superficial.

—Lo sé —respondió él con picardía.

—¿Te provoca ver alguna película? Hay una nueva serie que promete... —propuse.

—Perfecto. Voy al baño y vuelvo contigo.

Yo solo necesitaba unos segundos. Tal vez más tiempo, porque tenía que hacerme con un lápiz.

Encontré un pequeño lápiz de madera blanca y punta roma —casi inexistente—, pero era el único que había. Volví a la cocina y rayé con suavidad la hoja más superficial de la libreta. Es difícil hacer cosas con sutileza cuando el tiempo apremia y la necesidad por descubrir algo nos hace temblar.

«Edith McNamara. Island Lighthouse 16/09».

Esas fueron las palabras que aparecieron ante mí después de aplicar el truco del sombreado del lápiz.

¿Quién era Edith McNamara?

¿Qué significaba Island Lighthouse?

El 16/09 era dentro de dos días...

ARRANQUÉ LA PÁGINA DE INMEDIATO. No sabía qué hacer con ella. Gary no debía verme con eso en la mano.

Allí estaba el fregadero, así que fui directo hacia él y moví la llave del grifo en el justo momento en que él llegaba. La idea era que pensara que estaba lavando algo. Por casualidad, en la taza del fregadero se había quedado una cuchara.

—Has olvidado lavar a esta pequeña —le dije, levantando la cucharilla con la mayor naturalidad que pude.

—La he dejado a propósito para que no sepas que soy perfecto —dijo, divertido.

Yo no lo miraba, solo oía su voz acercándose y veía el papel mojándose y reduciéndose. Tenía el lápiz oculto en mi mano izquierda.

—Deberíamos abrir otra botella. ¿Por qué no lo haces de una vez? —le pregunté.

—Está bien —me respondió y cambió la dirección de sus pasos hacia el gabinete donde guardaba el vino.

Aproveché para tomar el papel mojado y botarlo en el cesto de la basura. Y dejé el lápiz sobre el borde de la madera de la ventana, frente al fregadero, porque pensé que allí no llamaría su atención.

La noche transcurrió sin que sospechara nada de mi descubrimiento.

A las doce y media le dije que quería irme a casa porque necesitaba descansar. Le pareció extraño, pero no cuestionó mi decisión. Le di un beso y salí de su apartamento.

Necesitaba pensar.

¿Quiénes eran Edith McNamara y Novica Beechey? No sabía por qué ese segundo nombre me sonaba tan conocido.

Atravesé muy distraída el parque situado al lado de casa. Me detuve antes de cruzar el paso de peatones y escribí en el buscador de Google, en mi celular, las palabras «Island Lighthline». Descubrí que se trataba de una compañía que hacía travesías diarias entre el pequeño pueblo de Cooper Harbor y la isla Royale, en el Lago Superior de Michigan. A eso tenía que referirse la nota porque era la única información que me aparecía en la Red con ese nombre.

Algo pasaría en esa travesía el día 16 de septiembre; una entrega que haría la tal Novica Beechey según había dicho Gary. Y yo solo contaba con dos días. Tenía el tiempo justo para llegar a Copper Harbor en Michigan y tomar ese ferri.

Lo siguiente que hice apenas entré en mi apartamento fue comprar el boleto y buscar el vuelo a Michigan para salir en la mañana. No le contaría a nadie lo que estaba a punto de hacer. Mucho menos a Gary.

*15 DE SEPTIEMBRE de 2019*

Al iniciar el viaje, me sentía como Rose, huyendo de casa. No podía negar que era emocionante.

Aterricé en el aeropuerto Houghton County Memorial de Michigan, a la una de la tarde. Llevaba conmigo un morralito con la computadora portátil y el celular apagado, además de mi pequeña maleta. No quería que me localizaran cuando Gary se diera cuenta de que no estaba en mi apartamento de Atlanta.

Mientras esperaba que la pequeña maleta apareciera en la cinta número cinco, recordé que había metido en ella el cuchillo de supervivencia. Gary intentó convencerme de que aprendiera a disparar y de que me comprara un arma, pero aún no lo había hecho. Por ahora solo contaba con mi cuchillo Stanley para defenderme si las cosas se ponían feas. Sentí pena por Gary porque sabía que se preocuparía, pero era necesario continuar, para que comenzaran a dejarme espacio de maniobra en la organización. Algunas veces es necesario tomar medidas drásticas.

Renté un Ford Focus en el aeropuerto y comencé el camino hacia Copper Harbor. Eran solo ochenta kilómetros. Allí me hospedaría en un motel de carretera y estaría puntual a las ocho de la mañana del otro día en el muelle para abordar el ferri.

En casa, y luego en el avión, había adelantado mis pesquisas sobre Edith McNamara y Novica Beechey. Sobre la primera sabía bastante, pero sobre la segunda, nada. Era invisible en las redes sociales y eso me pareció sospechoso.

En cuanto a Edith McNamara, se trataba de una empresaria de cincuenta años, originaria de Michigan, que había diversificado sus negocios de una manera exitosa y que hacía muy poco abrió una agencia inmobiliaria en la zona. Eran de su propiedad varias agencias de *personal shopper* y *coaching*, tiendas de ropa de bajo costo y una agencia de modelaje en Miami. Recientemente había viajado a Serbia, según ella misma publicaba en sus redes. Parecía una mujer feliz, que mostraba una gran sonrisa en su Twitter, junto con un golden y un gato negro. Había participado en varias campañas ambientales y de resguardo de los animales en extinción, sobre todo en Michigan. A simple vista no encontraba nada sospechoso en el perfil de McNamara. Pero si algo había aprendido era que las personas peligrosas podían contar con una inmejorable imagen pública.

De Novica no descubrí nada. Recuerdo que se me ocurrió en ese momento que su nombre era de origen serbio.

Cuando llevaba algunos minutos de camino y calculaba que me faltaba la mitad del trayecto para llegar al motel, me detuve en una cafetería al borde de la carretera. Quería empaparme del



espíritu local y observar a la gente. Esa fórmula me había funcionado en mi trabajo anterior y me continuaría funcionando en esta investigación.

Me bajé del auto y entré en el local. Estaba prácticamente desierto. Solo dos mujeres uniformadas con faldas negras y blusas rosas conversaban en una mesa situada en uno de los rincones del salón. Y un hombre de unos treinta años, a varios metros de distancia de la puerta, miraba algo en un iPod. Llegué hasta el mostrador y me senté en uno de los taburetes. Me quedé mirando la máquina humeante de café que tenía enfrente. Pensé que una gran taza me ayudaría a continuar el trabajo de investigación cuando llegase al motel Bella Vista, que según el GPS del auto estaba a veinte minutos.

Tomé el azucarero que estaba en la barra y vi que junto a él había un volante con la foto de una chica sonriendo.

«Desaparecida Louise Simons».

LA IMAGEN MOSTRABA a una joven en un paisaje helado de fondo, junto a una estructura de hierro cubierta de hielo. Extendí el dedo índice y acerqué la hoja hacia mí. Una mujer de mediana edad y nariz enrojecida apareció y me atendió desde detrás del mostrador. Le pedí una taza de café y agua mineral con gas.

Volví a mirar la cara sonriente de la chica de la imagen. Tenía unos bonitos ojos y su sonrisa hacía que dos agujeros aparecieran en sus mejillas. Era muy joven.

La mujer me trajo la taza y la botellita de agua, y al hacerlo se dio cuenta de que el volante había llamado mi atención. Caminó hacia la máquina de café y agarró una copa de helado que consideraría fuera de lugar, pero luego, como si hubiese decidido comunicarme algo, se acercó otra vez.

—Desapareció el año pasado, en invierno. Era de aquí, de Michigan. Parece que era una buena chica. A su hija se la llevaron los familiares del padre a Canadá. La pobre chica no tenía familia. Todavía su amiga reparte esto. —Señaló la hoja—. Aunque no sirva de nada. Dicen que esa era su apariencia cuando desapareció. Ese invierno el faro de Saint Joseph se cubrió de nieve como nunca y mucha gente vino para fotografiarlo. Tal vez estaría muy solo ese lugar cuando ella fue, por el clima, y alguien la atacó... El asunto es que nunca volvió.

—Es terrible que pasen cosas así —le respondí con pesar.

—La Policía no parece hacer nada, como si no le importara. ¿Quiere algo más? —me preguntó.

Su nombre era Nancy Brown, por lo que pude ver en la identificación que colgaba en su pecho. También me fijé que llevaba una pulsera de plástico de las que ofrecen las empresas para promocionar sus productos. Esta era de color mora y ponía en letras blancas «Salvemos la isla Royale».

Se dio cuenta de que me quedé mirando la pulsera. Era buena observadora.

—Esto es por lo de los lobos que han repoblado la isla. Son necesarios aunque no lo parezca —dijo y me miró como queriendo traducir lo que yo estaba pensando.

Solo entonces me di cuenta de que en la pared frente al mostrador, arriba de la máquina, colgaba la cornamenta de un alce. Recordé el asunto de que esos animales se habían quedado, hasta ahora, sin depredadores en la isla.

La mujer continuaba hablándome.

—El primer lobo que llegó a la isla debió de ser muy inteligente. Vio el puente de hielo y se dio cuenta de que era un camino corto y en línea recta para llegar a otro lugar que podría colonizar —sentenció reflexiva.

Esas mismas palabras, o muy similares, había leído hacía pocas horas como parte de un

discurso de Edith McNamara. La empresaria financiaba esa campaña de repoblamiento. Iba a preguntarle a Nancy Brown sobre ella, pero algo me hizo callar.

Hice un recorrido visual mirando a un lado y a otro, buscando no sé qué cosa, y también me volteé, como queriendo llevarme una impresión general del lugar. Para ese momento habían entrado algunas otras personas.

—Gracias por contarme lo de los lobos, es un tema que me interesa. Si no te importa, ¿cuánto es la cuenta?

—Tres dólares con cincuenta.

—¿Esta chica de la foto desapareció cerca de aquí? —le pregunté mientras buscaba las monedas en mi morral.

—¡Qué va! A unas cuantas horas de camino. En la ribera del lago, pero mucho más al sur. Algunas veces la gente viaja creyendo en fantasías y lo que encuentra es la muerte. ¿No cree?

Iba a responderle, pero el tono estruendoso de un celular con la canción de *Ava Max Sweet but Psycho* interrumpió mi intención. Fue tan repentino que creo que brinqué. Volteé, asombrada, a la izquierda, al lugar donde provenía la música porque no había visto a nadie aproximarse a la barra. Se trataba de un chico robusto que llevaba unos vaqueros y una camiseta desteñida negra y gris con la imagen de Guns N' Roses. Una sección de la tela donde se veían las palabras del logo de la banda de *hard rock* estaba manchada.

La mujer de la cafetería lo miró y luego hizo con los ojos una expresión de hastío.

Terminé de sacar las monedas y me despedí.

Cuando llegué a la puerta, me volteé. El chico ya no hablaba por teléfono y me miraba con seriedad. Me pareció mayor a lo que pretendía aparentar.

LLEGUÉ al motel Bella Vista en la 180 Sixth Street. Era tal como lo esperaba. Una hilera de seis pequeñas cabañas pintadas de rojo. La que había rentado era la número dos, que se encontraba detrás de un pino.

Cuando entré en la habitación, con solo mi morral y mi pequeña maleta, la encontré bien. Lo que necesitaba era que estuviera cerca del muelle y que tuviese wifi. Y cumplía las dos condiciones. De hecho, las cabañas estaban muy cerca del lago.

La verdad era que estaba inquieta. Recordé a Gary diciéndome que esto no era un juego de niños y a Nancy de la cafetería alertándome sobre que algunas veces el final de los viajes era la muerte. Vino a mi mente la sonrisa de la chica del faro con sus hoyuelos y pensé que lo más seguro era que estuviese muerta. De pronto recordé al chico de la llamada estridente, tan exagerado, y su camiseta de Guns N' Roses...

—¡Fui una idiota! ¡Rose me estaría intentando enviar un mensaje! —exclamé en voz alta.

Salí al exterior de la cabaña y caminé hasta el anuncio del motel. Allí me detuve y miré hacia la carretera. Varios autos pasaron sin detenerse y continuaron hacia el lago.

—Si me estás vigilando, Rose, aquí estoy esperando que aparezcas —dije un poco al aire, un poco a mí misma.

Regresé a la cabaña.

A Rose le gustaba esa banda. Además, la camiseta tenía ese nombre y el sujeto hizo lo propio para que lo observara, tanto que la mujer de la cafetería me miró con desprecio. Y ahora que lo recordaba, la palabra «Roses» de la camiseta mostraba un manchón bajo las primeras cuatro letras. ¿Y si Gary vio el lápiz en el borde de la ventana y también el papel sombreado en el basurero y sacó las conclusiones adecuadas? Pudo haber avisado a Rose y ella, alarmada, envió a ese sujeto para que me vigilara.

Me quedé pensando que lo más probable era que Edith McNamara fuera como Albert Kelly, poderosa en la zona, y de ser así podría estar implicada en la Black Key de Michigan. El lugar podría estar plagado de informantes de ella como Nancy Brown, la encargada de la cafetería. Y por ello el «enviado de Rose» no pudo hablarme claramente delante de la empleada y solo pudo llamar mi atención y mostrarme en su camiseta el nombre de mi hermana.

No era tan disparatado que Rose me estuviera cuidando. Esperaba de todo corazón que así fuera. Contar con la vigilancia de mi hermana era un alivio, sobre todo porque no tenía idea de lo que estaba buscando, pero sabía que era peligroso.

Estuve las siguientes horas encerrada en la habitación investigando, pero no pude descubrir nada más en relación con McNamara.

Cuando sentí hambre, a las ocho de la noche, me levanté de la cama, donde estaba trabajando

con la computadora, tomé el morral y me dirigí a la cabaña de mayor tamaño, ubicada en el medio de la hilera. Supuse que habría alguna máquina expendedora.

Llegué hasta ella y abrí la puerta. Me encontré en una sala con un mostrador de recepción vacío, una máquina expendedora de sándwiches fríos y refrescos, y otra de cigarrillos. Comenzó a parecerme extraña esa soledad.

En un ejercicio de memoria recordé cómo había dado con este motel. Fue el primero que me apareció cuando escribí las palabras en la computadora: «motel cercano al muelle de Copper Harbor».

Pero fue decisión mía reservar en este y no en otro. Así que no podía ser una trampa que me encontrase allí. ¿O sí?

CLARO QUE PODRÍA SERLO. Se trataba de gente que podía averiguarlo todo. Era una señal de que yo podía ser inconveniente para ellos que me quedase en Atlanta en lugar de volver a Washington, que anduviera con Gary, a quien seguro tenían fichado, y que fuese hermana de Rose aunque creyeran que estaba muerta. Y desde entonces podrían estarme vigilando. Me refiero a la Black Key...

Intenté despojarme de esas ideas inquietantes, saqué unas monedas del morral y compré un sándwich de lechuga, mostaza y trucha ahumada, y una Coca Cola Light. También dos botellitas de agua y un café frío. Cuando volví a la habitación, me di cuenta de que el único auto que estaba en el motel era el mío. Entonces lo vi, puesto sobre el cristal y sostenido por el limpiaparabrisas. Había un papel.

Me acerqué. En tinta azul decía:

«Vete a casa».

Sabía que era un mensaje de Rose, que habían descubierto dónde estaba y no quería que corriera peligro, pero esta vez no le haría caso y continuaría adelante. Ya debían saber que había viajado a Michigan, ataron cabos y por eso me alertaban, pero no pensaba irme hasta descubrir cuál era el misterio en torno a Edith McNamara, a Novica Beechey y a la llamada «entrega». ¿Se trataría de documentos escritos o de un chip? Me desesperaba saber tan poco...

Volví a la habitación. Un par de horas después, me acosté e intenté descansar un poco. Dormí tres horas, a lo sumo.

16 DE SEPTIEMBRE de 2019

Al amanecer me bañé y me vestí con prisa, me puse la muda que había traído, me acomodé el morral en la espalda y me dirigí al auto. En cinco minutos estaría en el muelle.

Al llegar al embarcadero de la Island Lighthouse, la empresa del ferri, estacioné y me dirigí al mostrador. Enseñé mi *ticket* y mi identificación al chico que atendía, y luego me situé de manera estratégica muy cerca de este, para estudiar a los otros pasajeros que llegarían. Yo había sido la primera en hacerlo.

Comenzaron a aparecer los viajeros. No vi por ningún lado a Edith McNamara. Me había grabado muy bien sus rasgos y estaba segura de que no estaba entre los quince pasajeros que harían la travesía junto conmigo.

Había dos grupos de jóvenes mochileros que contaban nueve chicos en total. Una pareja de mediana edad con pinta de exploradores extranjeros —alemanes o ingleses— y un par de hombres que viajaban solos. Uno de ellos era rubio, usaba el pelo largo recogido en una cola, llevaba barba y una gorra azul. También un morral Thule en la espalda. Parecía estar acostumbrado a viajar a parajes como aquel: llevaba pantalones cortos color caqui, una camiseta manga larga y botas de excursión.

El otro era moreno y más alto. Iba con vaqueros y camiseta gris. También llevaba un morral y la cabeza descubierta. Tenía el pelo negro cortado al estilo militar y su mirada era esquiva. Noté que estaba tostado por el sol. Se veía en mejor forma que el primero. Los dos me inquietaban.

Luego me quedé mirando a la chica que era mi candidata a ser Novica, tal vez porque se asemejaba a la idea que me había hecho de una chica serbia, pero luego me reprendí a mí misma por esa infantil presunción. Resultó ser demasiado joven y miembro de una de las tropas de los mochileros. La llamaban Keity.

El grupo lo completaba una niña simpática de ojos grises y pelo rizado, quien iba con su madre, una mujer que lucía tímida, vestida de una manera inadecuada para aquella excursión. Llevaba un vestido estampado con flores de hibiscos más acorde con una tarde de paseo en la ciudad.

Esos eran quienes integraban la expedición a la isla Royale.

¿Alguno de ellos sería un criminal? ¿O, al contrario, se trataba de alguien que operaba del lado de la organización de Rose?

Me inclinaba más por lo primero. Si era cierto lo que pensaba, alguien entregaría algo a otra persona, con disimulo. Ese alguien tendría que ser Novica Beechey. Y esa entrega tenía relación



con Edith McNamara. Era posible que la misma hubiese costado la vida de personas inocentes, o fuera a hacerlo en el futuro. Entendía que para Rose era importante obtener información de lo que allí pasaría. Eso era lo que me había figurado contando con tan pocos datos. Aunque no tuviese claro el panorama, ni quién era quién ni de qué lado estaba, lo que tenía que hacer por el momento era mantener los ojos muy abiertos.

EL CAPITÁN DONALD KIPPER se presentó ante nosotros, una vez que todos estuvimos a punto de embarcar. Era un hombre anguloso y bastante alto que tenía —en contraste— una voz de falsete. Anunciaba la salida del muelle a las ocho en punto de la mañana.

Subimos al ferri, que era de más o menos treinta metros de longitud y de poca altura, yo diría que como máximo de cinco metros y unos tres en la parte donde desembarcaríamos. Podría trasladar más pasajeros, pero el mes de septiembre era conocido por atraer pocos viajeros. De hecho, durante la espera me enteré por el chico del mostrador que ese sería el último viaje del año.

La embarcación comenzó a moverse. Yo me quedé en cubierta, en un punto donde podría mirar a través del cristal de la cabina a todo el grupo.

La pareja de extranjeros salió a mirar el lago al poco tiempo de haber iniciado la travesía. A los quince minutos volvieron a la cabina, sin interactuar con nadie. Los dos hombres que viajaban solos también salieron a cubierta al mismo tiempo. Cada uno se ubicó a un lado de la borda. El de la barba y la gorra miraba el horizonte y el otro se volteó para mirar hacia donde estaba yo.

Los chicos salieron en grupo y me hicieron compañía a pocos metros. Tuve que alejarme un poco para poder mantener en mi campo visual a la pareja que se había quedado adentro, y a la mujer y la niña.

Los hombres estuvieron afuera por espacio de una hora o algo más. Entonces el de la barba entró a la cabina y el otro comenzó a caminar como si también fuera a hacerlo, pero luego se detuvo y regresó al mismo lugar donde estaba, junto a la barandilla. No se hablaron entre ellos, ni siquiera se acercaron.

Los chicos vociferaban y reían. Se tomaban selfis y gritaban tocando la barandilla, como si fuesen a lanzarse al agua.

—Han visto un barco fantasma en este lago. ¿Lo sabías? —escuché a uno de ellos preguntar.

—¿Qué dices? La gente que vive por aquí ha aclarado que se trata de una ilusión óptica producto de la atmósfera y la luz. ¿No creerás en eso? —respondió otro con aires de seguridad.

—Mi tío Jesse me ha dicho que es cierto. Es la imagen de un barco. Él ha traído a los McNamara en el yate y lo ha visto. Tiene un Carver 445 que es genial...

—Los Kipper, que navegan este barco, tienen años viajando por aquí y nunca han visto nada, así que son mentiras.

La chica llamada Keity se molestó, creo que porque la discusión le pareció tonta, y se metió a la cabina. El hombre de aspecto militar también lo hizo y se sentó lejos de quienes estaban adentro.

En ese momento vi pasar una lancha rápida, que parecía llevar el mismo destino que nosotros.

La verdad, aquello era una inmensidad de agua por todos lados. La entrega que nombró Gary podría tener que ver con el transporte de mercancía ilegal en medio de esas aguas. Además, la frontera con Canadá se hallaba cerca y, si se controlaba a las autoridades policiales y portuarias, sería fácil usar la zona como puente para el delito. Hasta el tío del chico que acababa de hablar servía a los McNamara...

Comencé a divisar la isla. A los pocos instantes noté que la embarcación disminuía la marcha. Ya nos acercábamos para desembarcar.

De nuevo el hombre de la barba salió y comenzó a mirarme sin disimulo. Tuve la sensación de que me encontraba muy apartada del resto del mundo, y recordé a los lobos, los alces y aquel «Salvemos la isla Royale» de la pulsera. Era como si todo formara parte de una densa telaraña y podría apostar lo que fuera a que Edith McNamara era su tejedora. Ella no estaba allí, pero sí podría estar alguno de sus aliados. ¿El hombre que no me quitaba la vista de encima? ¿El otro que parecía haber sido entrenado por militares?

Entonces, de repente, pensé en la pareja de extranjeros. A simple vista parecían turistas, pero era cierto que no se trataba de la mejor época para navegar por allí. También que cuando encasillamos a alguien, como por ejemplo de «turista», dejamos de prestarle atención. Ni siquiera yo, que pretendía estar alerta, los había mirado con detenimiento tal como había hecho con los dos hombres.

ALGUIEN ME TOCÓ LA PIERNA. La niña de los rizos negros había corrido hacia afuera y se había parado a mi lado. Tendría cuatro años, a lo sumo, y su cara me pareció familiar, pero eso era explicable. Había pasado el último mes mirando miles de rostros en mi investigación en las redes y últimamente todo el mundo se me parecía a alguien.

Detrás venía su madre.

—Querida, no te me escapes así, mira que ya vamos a llegar —dijo la mujer con reprobación, con la cara llena de protector solar y sosteniéndose un sombrero de ala ancha que se había puesto mientras estaba en la cabina. Luego me miró y sonrió, tímida, tomándole la mano a la pequeña.

Sonó la sirena, indicando que atracaríamos.

Me sentí derrotada, ya que nadie había entregado nada. Podría ser una pérdida de tiempo. Solo faltaba llegar a algún lugar de la isla, donde comeríamos y disfrutaríamos del paisaje por espacio de un par de horas, y luego volveríamos a Copper Harbor. De seguro me había equivocado al traducir los trazos marcados en la libreta de Gary, o los números significaban otra cosa y no una fecha.

Pero ya no había vuelta atrás, debía desembarcar y terminar lo iniciado. Pensé que sería buena idea esperar a que todos bajaran y husmear un poco en el ferri. Podría ser que alguien hubiese dejado algo antes y que, por ejemplo, alguno de los chicos quedase en tomarlo y llevarlo a otra persona por unos cuantos dólares, puede que sin saber ni siquiera qué era. La nota que descubrí de Gary contenía el nombre de esa empresa, estaba segura, así que no renunciaría aún a que algo se entregara en ese ferri.

Como un efecto retardado, mi cerebro me alertó. Una cosa no cuadraba en la relación entre esa niña y esa mujer. Ella se cuidaba del sol, pero a la chica no le cubría la cabeza ni la cara. Eso no estaba bien. Parecía estar representando el papel de mamá...

El hombre alto de aspecto militar volvió a salir. El otro me observaba, recostado en la baranda al otro lado de la borda.

Ninguno de los dos me gustaba. Pero esa mujer tampoco.

¿No era acaso el mejor disfraz llevar un niño pequeño a cuestas para parecer inofensivo?

Podría ser que ni siquiera fuera su hija, y eso explicaría la falta de cuidado.

Entonces pensé que había descubierto quién era Novica Beechey y que en ese momento solo tenía que vigilarla.

—¿Pero qué iba a entregar? —me pregunté en voz baja.

LA EMBARCACIÓN se detuvo en el muelle grande del lago, había otro muelle más pequeño que supongo serviría para el desembarco de lanchas y botes, pero solo podía divisarlo parcialmente desde el muelle donde ya estábamos. El capitán Donald Kipper salió a cubierta para dar unas indicaciones. Dijo que separaría los grupos para el desembarque porque quienes contaban con el permiso para pasar la noche en la isla saldrían primero, ya que tendrían que tomar otro sendero desde el muelle. Parecía tener premura por separarnos de ellos. Luego entró en la cabina, creo que para comunicar lo mismo a los chicos. Desde las ventanillas de cristal podía mirarlo. También debió pedir a la pareja de extranjeros que saliera de la embarcación, porque luego de hablarles noté que la mujer agarró un gran bolso con unos dibujos de palmeras que había llevado, lo colgó de su hombro y siguieron al capitán.

Salieron del ferri todos los chicos en fila, cruzaron la angosta plataforma de madera y luego llegaron al suelo sobre la rampa. De allí continuaron un sendero que se abría paso entre los árboles. La pareja iba detrás, algo rezagada. Eso inquietaba al capitán. En varias oportunidades se detuvo a esperarlos.

Nos quedamos en la cubierta del ferri los dos hombres, la niña, la mujer y yo. No hablamos entre nosotros y así pasaron varios minutos. Transcurría demasiado tiempo y no comprendía por qué no podíamos desembarcar de una vez.

Entonces, la lancha que había visto antes en el lago se aproximó y atracó en el otro muelle más pequeño un poco distante de nosotros. Dos hombres portando armas largas bajaron de ella. Ambos llevaban sus armas a un lado y corrían con velocidad.

—¿Qué está pasando...? —preguntó la mujer.

—Debe ser un simulacro de alguna operación. Debemos quedarnos tranquilos —dijo el de barba.

El hombre moreno continuaba callado e inmóvil, observando. Pero no se veía asustado.

—¿Quiénes son? —preguntó la niña.

Todo se aclaró en mi cabeza. Venían por ella. Era espantoso, pero tuve la convicción de que así era. Ella era «la entrega» y comprendí todo el plan. La sacarían en esa embarcación rápida y cruzarían la frontera con Canadá. Allí debían contar con la complicidad necesaria para continuar la trayectoria del rapto hasta el punto final. Todos los negocios de McNamara podrían apuntar en esa dirección y yo no lo había sabido ver antes. Era la proveedora de niñas y jóvenes en una red de trata de personas, tal vez de prostitución y pederastia.

No sentía aire en mis pulmones; creo que el pánico que me producía la idea de ese negocio sucio, allí tan cerca de mí, a punto de poner sus garras sobre esa bonita niña me hacía sentir náuseas. Y en lugar de quedarme mirando cómo eso pasaba tenía que hacer algo de inmediato para

salvarla.

Lo que alcancé a ver desde el ferri fue que los hombres se metieron por un sendero que iba hacia el bosque cerca a la orilla, pasando por un descampado junto al pequeño muelle. Por un segundo creí que el tipo de barba tenía razón y no estábamos en peligro. Pero al cabo de un rato otra vez los vi; salían de otra parte visible del bosque y ahora sí se dirigían a nuestra embarcación.

—Parece que vienen hacia acá... —dijo la mujer con voz quebrada.

Sin pensarlo más, tomé la decisión. Todos estaban distraídos, así que tenía que aprovechar el momento. El lugar de la cubierta donde yo estaba parada junto a la barandilla se encontraba del lado de la plataforma y no del agua. Cuando viera subir al ferri a los secuestradores, tendría unos cinco segundos hasta que estuviesen en la borda para hacer lo que estaba pensando. Era arriesgado, pero no tenía opción. Sentí que el corazón iba a estallarme y esos segundos fueron eternos. Por fin llegaron los hombres al ferri y subieron a él. Esperé uno, dos, tres pasos, entonces cargué a la niña y me lancé.

Caímos en las tablas de madera del muelle. Al caer, ella no se hizo daño. Yo me lastimé un poco las rodillas y los codos, pero no me detuve. Volví a cargarla y corrí todo lo que pude. Escuché gritos y un disparo. Luego, el silencio.

## PARTE II



EDITH MCNAMARA LLEGABA A LA CASA, situada entre las montañas al este de Copper Harbor.

Mientras miraba como las hojas de hierro enarbolado de la puerta de entrada se abrían, tomó el teléfono y llamó a Cyrille Bristol.

—Todo va bien, no te preocupes —le dijo con voz chillona.

—No me preocupo, porque con esta gente no es posible fallar. La quieren de una vez. Han pagado para que no haya problema hasta que llegue a los Balcanes. Darko Nikolic no es de las personas que te gustaría tener como enemigo, ni a mí —respondió el dueño de la firma de abogados Bristol Criminal Defense Attorney.

—No quedará como nuestro enemigo. La entrega se dará tal como acordamos. Hemos invertido trabajo en esta, más que de costumbre, así que vamos a cobrar... Creo que habrá que hablar con alguien para que silencie a la amiga de la madre. Sigue repartiendo volantes. Alguien me dijo que una chica estuvo haciendo preguntas. Parece que va en el ferri, pero no tiene posibilidades de interferir en la operación. Nuestro hombre allí dice que todo irá bien.

—Eso espero. No me gusta esa coincidencia después del error con la otra intermediaria —dijo el hombre, cortante, mientras miraba hacia abajo el lujoso vestíbulo de sus nuevas oficinas en Washington D. C.

—Te dejo Cyrille. Llegué a La Casa. Parece que logramos negociar otra entrega. Te dije que ubicar la agencia en Miami nos traería mejores dividendos.

Edith cortó la comunicación y entró en la propiedad. Se trataba de una enorme casa rodeada de extensos jardines. Llegó junto a una fuente, enfrente de la escalera de la entrada de la edificación, y estacionó el BMW.

Arriba, en el segundo piso, una chica joven miraba por la ventana. Estaba cautiva, y era la mayor de los doce menores que habían sido secuestrados.

CONTINUÉ CORRIENDO hasta llegar a una zona cubierta de árboles. Allí me detuve a esperar.

—Nos vamos a quedar aquí, quietecitas —le dije a la niña mientras la ponía en el suelo.

Pasaron unos minutos. Concluí que nadie nos seguía. Escuché el ruido de la lancha y pensé que estaban huyendo. ¿Habrían raptado a alguien más? ¿A la otra chica del grupo, a Keity? Enseguida me dije que no podía ser porque ella no estaba en el ferri y lo que sea que quisieran se encontraba en la embarcación.

No sabía si debía salir de allí o esperar un poco más. Entonces, alguien apareció junto a nosotras, alguien que supo llegar silente a nuestras espaldas. Era el hombre moreno, el de corte militar. Tenía un arma en su mano y ahora poseía una actitud diferente, retadora.

Detrás de él reconocí varias voces. La del capitán Kipper y la de la mujer. También vi venir al hombre de la barba.

—Soy el agente Nolan Hard del FBI —dijo el hombre moreno.

El de la barba, al llegar, también se presentó.

—Agente Patrick Townsend, FBI. Ha sido muy valiente y arriesgada —me dijo.

Yo estaba temblando. Sentía la sangre caliente moviéndose dentro de mi cara. Soy de las que atraviesa una situación peligrosa y me comporto con serenidad, pero luego toda la tensión me cae encima. La cabeza en ese momento iba a estallarme.

La niña me tocó la pierna otra vez. Quería decirme algo al oído, así que me puse a su altura.

—Me llamo Dorothy Simons y no Dolly, como quiere ella que me llamen —dijo, señalando a la mujer que había fingido ser su madre y que iba acercándose con rapidez.

—¿Tu mamá se llama Louise? ¿Louise Simons? —le pregunté al oído en voz apenas perceptible, y temiendo lo peor.

—Sí. Louise —respondió moviendo la cara hacia un lado y mirando al vacío, como cuando uno se acuerda de algo entre imágenes confusas.

—Mi niña pequeña... ¿Estás bien? —preguntó la mujer, quien ya había llegado junto al capitán y hacía una buena actuación.

Mi impulso era arrebatarse a la niña y contarles mis sospechas a esos hombres del FBI, pero algo me dijo que no debía hacerlo aún. Había cosas que no me cuadraban del todo y que tenían que ver con uno de ellos dos. Le hice una señal de asentimiento a Dorothy, moví la cabeza hacia abajo y le guiñé un ojo. Quería transmitirle la idea de que teníamos que seguir el juego. Ella me entendió y se comportó de manera ejemplar.

—No se preocupe. Su hija está bien —me obligué a decir.

—Estamos detrás de una banda que se dedica a la trata de menores, y suponemos que tienen un centro de operaciones cerca de esta zona. Lamento que se hayan visto mezcladas en esto. Hemos

agarrado a uno de los hombres. Le he disparado, pero vivirá y hablará. Menos mal que estaba usted aquí —manifestó el que dijo llamarse Townsend, mirándome con una expresión indescifrable.

—Ha sido solo suerte —respondí.

—Nos temíamos algo y, aunque no estábamos seguros, en conjunto con la Policía local vigilábamos la isla desde embarcaciones ocultas, pero nos mantuvimos en la cara noroeste para no ser vistos, hasta que el agente Hard, quien dirige la operación, diera la señal. Luego hubo un problema de comunicación...

—Supimos que una de las personas que opera en esta zona se hace llamar Novica Beechey. Ya hemos activado la alerta —lo interrumpió el que se presentó como el agente Nolan Hard.

—¿Saben qué apariencia tiene? —pregunté mientras quien para mí era Novica Beechey, y se hacía pasar por madre de la niña, la apartaba de mi lado.

—Aún no. Pero estamos por recibir un archivo con su foto —me respondió Hard con voz grave.

Me pareció que la falsa madre mostraba un destello de terror en la mirada cuando escuchó eso.

SALIMOS del bosque y nos dirigimos al área descampada junto al pequeño muelle. Allí nos reunimos con las demás personas que estuvieron en el ferri.

Comenzaron a llegar un par de lanchas con hombres que pertenecían al FBI y a la Policía.

El grupo de chicos estaba acompañado de la pareja de extranjeros, un poco más lejos de donde yo me encontraba. Algunos se sentaron sobre el césped y se mostraban más callados que antes. Dorothy estaba con su falsa madre a unos metros de mí. La mujer hablaba con el capitán del ferri. No podía dejar que se fuera con ella. Tenía que pensar en algo.

El agente Hard se apartó de mi lado y se fue a recibir a los hombres que acababan de atracar. Se trataba de cinco sujetos uniformados y armados. El agente Townsend permaneció junto a mí.

Miré a los hombres que llegaron, y los vi caminar por la estructura de madera del muelle. Luego se detuvieron en medio de ella para hablar con Hard. Uno de ellos mostraba algo en el celular, el otro miró hacia donde estaba yo. Los seis hablaron y resolvieron algo. Podía traducirse eso por la rapidez de sus movimientos. ¿Por qué me miraban a mí? ¡Oh, no!, la foto de Novica Beechey podría haber sido trucada. ¿Sería mi foto la que les llegó? Iban a desenfundar sus armas, pero Hard detuvo el brazo de quien iba a hacerlo primero. Uno de los hombres tomó un radio que portaba y habló mediante él.

Supe lo que pasaba.

Como una avalancha, cayó sobre mí el recuerdo de los captores. Recordé el trayecto que esos hombres que pretendían secuestrar a Dorothy siguieron al bajar de la lancha. Casualmente, la lancha de ellos y el de estos agentes habían atracado en el pequeño muelle. Entonces, ahora que estoy en el descampado, pude comprobar que hay un camino más corto al desembarcar e ir a atacarnos en el ferri. Pero los captores no lo siguieron y ahora estos policías sí lo hicieron. ¿Por qué los secuestradores continuaron hasta el inicio del bosque luego de desembarcar en el pequeño muelle? ¿Por qué dar esa vuelta innecesaria y perder tiempo en la operación del secuestro de la niña? Recordé las palabras de Nancy Brown elogiando la inteligencia del lobo, que supo seguir el puente de hielo por el trayecto más corto... Definitivamente aquella no era la vía más rápida para los secuestradores, así que lo que buscaban era otra cosa.

Se me ocurrió una solución que me aclaraba esas preguntas y todas las otras que me había hecho: ¿por qué el capitán estaba empeñado en separar al grupo de visitantes?, ¿por qué ni Townsend ni Hard actuaron con rapidez en cubierta para proteger a Dorothy?, ¿por qué hubo un problema de comunicación según el agente Townsend?, ¿y por qué ahora estaban a punto de detenerme y culparme de ser una criminal?

Todo encajaba y debía adelantarme. Comprendí de inmediato la aterradora dimensión del poder de aquellos a quienes nos enfrentábamos. Jugaban con la identidad de las personas a placer

para continuar cometiendo sus delitos. Para lograr eso solo tendrían que culparme a mí, identificarme como Novica Beechey y después tal vez ¡asesinarme!

Yo era una de las pocas personas que podía intentar aclarar que el agente del FBI Nolan Hard estaba metido en la organización criminal de Edith McNamara.

TOWNSEND ESTABA a menos de dos metros de mí. Dorothy y Novica, a seis metros, junto al capitán. Miré a este último con detenimiento y concluí que no estaba armado. Los chicos y la pareja de extranjeros yacían a diez o doce metros. Los hombres que hablaban con Hard comenzaron a caminar despacio en dirección hacia donde me encontraba.

Me quité el morral de la espalda, me senté y lo puse delante de mis pies. Hice como si estuviese buscando algo, tal vez un cigarrillo, pero lo que hice fue desenfundar mi cuchillo.

—Agente Townsend, puede acercarse un poco, quiero que vea esto...

El agente se agachó.

Cuando lo hizo, con rapidez, saqué el arma del morral y lo abracé por el lado que tenía el cuchillo, le puse el filo en el cuello. Él se quedó inmóvil. Pero yo me puse de pie, obligándolo a quedarnos de frente a quienes estaban armados. De esa forma parecería convincente mi intención de hacer daño a Townsend en caso de que quisieran dispararme.

Cuando vieron lo que hacía, los hombres continuaron corriendo hacia mí, pero luego se detuvieron. Alguien pidió a la falsa madre de Dorothy que se alejara y se replegara junto a los jóvenes y los turistas.

—Novica Beechey, no empeore las cosas y deje el cuchillo —me dijo Nolan Hard, quien se había detenido junto a los otros hombres armados.

—Sabía que iban a culparme a mí. No soy Novica. Es ella. Esa mujer que se hace pasar por la madre de la niña, quien es hija de Louise Simons, la chica que desapareció hace unos meses. Se trata de una organización especializada en buscar menores con características particulares para venderlos. La jefa de todo eso es la conocida empresaria Edith McNamara.

Me callé para tomar aire y escuché un murmullo, continué presionando con el cuchillo el cuello de Townsend.

—Podemos hablar de eso, pero primero baje el arma —insistió Hard.

—No voy a bajar el arma y le aseguro que sé usarla —respondí.

—Tranquila. Quédate tranquila —me dijo Townsend moviendo las manos hacia abajo.

—Puede que todo esto que he dicho ya lo sepas, pero lo que no sabes es que hoy tú has debido morir —le dije a Townsend—. Si te acercas, le corto el cuello —grité a Hard, que estaba ya a cinco metros de donde me encontraba.

—Quédate allí, Nolan y no disparen —le pidió Townsend.

Hard se detuvo. Supe que contaba con unos segundos más para seguir hablando antes de que hubiese un fatal desenlace.

—Townsend, ¿no te has preguntado por qué hubo «ese problema de comunicación» con Hard en esta operación? ¿Por qué los agentes estaban del otro lado de la isla? ¿Y por qué los hombres

que venían dispuestos a secuestrar a Dorothy tomaron el camino del bosque? Yo voy a decírtelo: desde el ferri parece la única forma de llegar hasta nosotros. Pero desde aquí veo que pudieron ir a atacarnos usando una vía más corta, sin entrar en el bosque. Dibujaron ese trayecto para que quedara en la mente de los testigos, en este caso, yo, y luego, cuando tú y el otro agente siguieran a los sujetos y a la niña para evitar que la sacaran de la isla, no pareciera extraño que Hard tomara el camino hacia el bosque. Tenía que ser ese el lugar de la persecución para que cuando tú estuvieras allí, tu propio compañero, Nolan Hard, te asesinara sin ser visto. Luego diría que fue uno de los captores. Tal vez hasta se hiriera a sí mismo para evitar alguna duda sobre lo sucedido. Con mi intervención en la cubierta, al salir corriendo con la niña, tuvieron que cambiar el plan.

—¿Qué tonterías dice esta mujer?! —espeta Hard.

—Piénsalo bien, Townsend, fue mi maniobra la que te brindó la oportunidad de actuar, sacar el arma porque ya la niña no estaba tan cerca del peligro, y disparar porque fuiste tú quien hirió al secuestrador y no Hard. Él iba a dejar que se llevaran a Dorothy y luego, al estar fuera del campo visual de todos, iba a matarte. Debes haber sido una piedra en el zapato para sus planes. Porque él, tu jefe, forma parte de la organización de Edith McNamara.



—ESTÁ LOCA. Mira todo lo que inventa, Patrick... —dijo Hard nervioso.

—Quédate allí, justo donde estás, Nolan —ordenó Townsend con firmeza.

—Si es así, ¿por qué no me disparó en cubierta y luego te atrapaba a ti y a la niña, te asesinaba y continuaban el plan? —me preguntó.

—Quizá porque vino alguien al oír tu disparo —respondí sin soltar ni un ápice la presión sobre su cuello.

—Yo lo hice. Me llamo Frank Polanski, y cuando usted le disparó al hombre, me encontraba volviendo al ferri porque Juliet dejó el protector solar —gritó el extranjero desde donde estaba parado. Noté que él y los chicos se habían acercado hacia mi posición con el afán de enterarse de todo lo que pasaba.

—Lo ves. Tengo razón. Y el capitán Donald Kipper es cómplice de todo esto. No notaste que estaba muy interesado en que el grupo se separara del ferri y en dejar un testigo a bordo. Tenía que ser uno solo, alguien que creyeron inofensivo, impresionable: yo. Me pareció extraño ese empeño por separar al grupo y ese énfasis en vigilar que la pareja de turistas fuera con los chicos. Estaba segura de que ellos no se quedarían en la isla durante la noche, así que lo que había dicho en cubierta era mentira. ¿Por qué decir una mentira tan innecesaria? Es conveniente pagarle grandes sumas de dinero a los dueños de la única empresa que navega hasta la isla para controlar esta zona. Tiene sentido. ¿No lo ves? —le pregunté a Townsend.

No dijo nada y comprendí por su silencio que estaba empezando a creer en mis palabras.

—La idea era fingir un rapto con un testigo que luego dijera a todos los demás que los secuestradores habían acabado contigo, Patrick. Por ello idearon la entrega de Dorothy en estas fechas, cuando casi nadie viene a la isla. De seguro cuando me vieron entre los viajeros el mismo Donald Kipper me escogió como la potencial testigo, o usted mismo, agente Hard —dije mirándolo.

—¿Pero cuál mejor testigo que la propia madre de la niña? —preguntó Townsend.

—Esa mujer no es su madre. ¡Está con ellos! Debe actuar como madre de los niños que entrega cuando la operación se concreta. Ella solo tiene que cambiar un poco su aspecto cuando hace la travesía para no levantar sospechas, y además cuenta con la complicidad de Kipper. Debe tener varias identificaciones en su poder. Ella es la verdadera Novica. No yo.

—¡Ya está bien de tonterías! Lo que está diciendo es muy grave. Y más lo que está haciendo, amenazando de muerte a un agente del FBI —dijo Nolan Hard.

—Piensa todo lo que te he dicho —pedí a Patrick Townsend.

Hard dio un nuevo paso. Ahora estaba más cerca de mí. Yo continuaba rozando con el filo del cuchillo el cuello de Townsend y creo que le herí un poco. Los otros cinco hombres me apuntaban

con sus armas, pero no se movían. Todos los demás estaban replegados lejos de nosotros.

—Voy a decirte una última cosa para que me creas. Después tú tomarás la decisión, Patrick. ¿Cómo supe que me culparían de ser la llamada Novica, la cómplice con nombre serbio de McNamara? Lo estaba esperando desde que me dijo que pronto tendrían el informe de su rostro. De seguro, dado el rapto frustrado, informó a alguien poderoso y corrupto dentro del propio FBI, y este envió la falsa información de mi identidad. Sé que son capaces de hacer eso y mucho más, están en todos lados y no puedes confiar en nadie. Patrick, tienes que darte cuenta. ¿Por qué el agente Hard ha avanzado hasta allí si tu vida está en peligro? Ese no es el protocolo cuando hay un agente en peligro de muerte, sometido por una criminal. Lo hace porque sabe que no soy Novica Beechey y está seguro de que no sería capaz de matarte. Esa convicción solo puede tenerla el verdadero criminal.

Esperaba que me creyera, pues ya lo había dicho todo.

Bajé el cuchillo.

HARD VENÍA A DESARMARME Y A DETENERME. Se acercaron los otros hombres que habían estado apuntándome.

—Deténganlo a él —pidió Townsend.

—Gracias —le dije, cansada. Las piernas me temblaban. Era la primera vez que amenazaba a alguien de esa manera y también que varios hombres apuntaban a mi cabeza.

La falsa madre de Dorothy y Donald Kipper corrieron, pero los agentes policiales los alcanzaron. Dorothy se quedó de pie, sola, mirando a un lado y a otro.

La pareja de extranjeros se acercó a ella y la mujer le tomó la mano.

—Es un error, Patrick, no sabes lo que estás haciendo. Estás hundido... —escuchaba gritar a Nolan Hard mientras se lo llevaban.

Patrick Townsend me miraba con curiosidad y me pidió que lo acompañara a un lugar donde nadie nos escuchara. Cuando estuvimos lejos del alcance de los demás, me hizo una revelación increíble.

—Ella me dijo que eras buena. Que no iba a poder evitar que entraras a nuestro grupo. Ahora le contaré que gracias a ti hemos descubierto quién de los nuestros impedía que destruyéramos la red de tráfico. La verdad es que nunca pensé que fuera Hard. Es terrible cómo contaminan todo lo que tocan... pero los tenemos, y hoy mismo lograremos más. Ya han detenido a los secuestradores y te aseguro que en un par de horas vamos a localizar la casa donde operan, y muchas de las autoridades locales tendrán que dar explicaciones cuando detengamos a Edith McNamara.

—¿Quién te dijo que era buena...? —pregunté asombrada.

—Rose —respondió Patrick.

—¿Entonces tú todo el tiempo has sabido que yo no era Novica? —concluí sin poder creerlo.

—Novica no es quien tú crees que es. La falsa madre se llama Julia Garret. Es la pieza de ellos encargada de hacer las entregas de los niños. Pero esta vez ideamos una operación diferente, me refiero a la organización a la cual pertenece tu hermana, comandada por Robert Smith Patterson y un grupo del FBI. Por supuesto, es una operación que casi nadie conoce. Esta vez introducimos a una de las nuestras, a quien llamamos Novica, que se suponía era el contacto para entregar a la niña a la persona que la había comprado. Sabemos que quien lo hizo es un magnate serbio. Logramos que la organización de McNamara cayera y creyera el cuento de que Novica Beechey sería la contraparte para la entrega de la niña comprada. Todo hasta ayer iba bien. Pero una filtración en la operación les hizo saber a McNamara que Novica no era confiable, que era un agente encubierto. Entonces ellos pidieron hacer directamente la entrega a través de Julia Garret, su persona de confianza. Ahora sabemos que quien informó que Novica no era confiable fue el mismo Hard. Como dices, no se puede confiar en nadie porque estos criminales saben cómo

comprar a todo el mundo. Tu hermana y Gary me pidieron que te alejara de aquí, pero luego, como no hiciste caso a las advertencias, me encargaron que te vigilara.

—No entiendo... ¿quién es Novica entonces?

Pregunté, pero de inmediato caí en la cuenta de la identidad de aquella mujer. Por eso me parecía conocido ese apellido. Eran cosas de Rose. Así como yo me llamo Helen Combs por las abejas del abuelo, Rose se puso ese apellido «Beechey», que suena a abeja. También es un juego de palabras. ¿Cómo no pude verlo?

—Ahora mismo te espera Gary en Copper Harbor. Y Rose te llamará para darte la bienvenida formal a tu nueva vida. Nadie debe saber esto que te he dicho. Recuerda que ellos creen que tu hermana está muerta, y que podrían culparte de muchas cosas graves, tal como lo intentaron hoy. Le he dicho a Rose que debes cuidarte más y tal vez desaparecer un tiempo.

Era cierto lo que el agente Patrick Townsend decía, mi vida había cambiado por completo. Ahora era portadora de una determinación que crecía frente al peligro, y que ni Gary ni Rose ni yo misma sabíamos que poseía.

## NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de este relato.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

[Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

Si has disfrutado leyendo *No lo permitiré*, te invito a leer los otros relatos de la serie Rebeca Olsen:

*No confiaré: Rebeca Olsen n° 1*

*No lo revelaré: Rebeca Olsen n° 3*

*Los asesinos de Hudson Line: Rebeca Olsen n° 4*

*Los suicidios de Princeton: Rebeca Olsen n° 5*

*Los traficantes de Los Angeles: Rebeca Olsen n° 6*

Si deseas leer otra de mis obras de manera gratuita, puedes suscribirte a mi lista de correo y recibirás una copia digital de mi relato *Los desaparecidos*. Así mismo te mantendré al tanto de mis novedades y futuras publicaciones.

Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

Puedes encontrar todas mis novelas en estos enlaces:

Amazon internacional

[www.amazon.com/shop/raulgarbantes](https://www.amazon.com/shop/raulgarbantes)

Amazon España

[www.amazon.es/shop/raulgarbantes](https://www.amazon.es/shop/raulgarbantes)

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a [raul@raulgarbantes.com](mailto:raul@raulgarbantes.com).

Mis mejores deseos,  
Raúl Garbantes



# ÍNDICE

## Créditos

### Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

### Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Notas del autor